

# EL CRECIMIENTO, LOS ECONOMISTAS Y LA HISTORIA (\*)

Leandro PRADOS DE LA ESCOSURA

**¿T**IENE el pasado alguna utilidad para la economía del presente?, es una pregunta que de manera recurrente asalta al economista. Francisco Comín en su discurso ha respondido afirmativamente y, de modo claro y enérgico, se ha apoyado en la experiencia histórica española. Lo que sigue son algunas reflexiones generales sobre la relación de los economistas y la historia, con el crecimiento como motivo, sugeridas por las elocuentes palabras de Comín.

El crecimiento económico, en términos de producto por persona, no es una preocupación nueva entre los economistas, como, a veces, la lectura de sus estudiosos actuales pudiera sugerir. A lo largo de los dos últimos siglos, los determinantes del crecimiento económico: qué causa el inicio de un proceso de desarrollo, su aceleración o su declive, han sido preocupación común entre economistas e historiadores. Esta búsqueda no ha tenido, naturalmente, la misma intensidad a lo largo del tiempo. Como Marshall escribiera, «las condiciones económicas están en constante cambio, y cada generación observa sus problemas de un modo distinto» (1).

Ya para Adam Smith fue el crecimiento el motivo central de la economía política, y el objetivo final de la política pública (2). En la tradición académica británica, el método seguido por él fue comparativo, institucional e histórico. Como Smith, la mayor parte de los economistas clásicos prestaron atención a los aspectos históricos e institucionales del crecimiento económico.

Más tarde, los miembros de la escuela neoclásica se alejarían del enfoque histórico-institucional, con la

notable excepción de Alfred Marshall, para quien, «aunque las causas inmediatas de los principales acontecimientos de la historia se encuentran en las acciones de los individuos, sin embargo, la mayoría de las condiciones que han hecho posible estos acontecimientos derivan de la influencia de instituciones heredadas» (3).

La separación entre estudiosos de la historia y de la economía se acentuaría tras rechazo del método deductivo por la escuela histórica alemana (y británica) que preferían reemplazarlo por el método inductivo, más realista a su entender, y cuya fuente de conocimiento era la historia.

Aún así, en sus orígenes, la historia económica constituía una rama de la ciencia económica, y, hasta la Primera Guerra Mundial, la mejor historia económica producía argumentos que integraban leyes e instituciones en la explicación del cambio económico resultado, a su vez, de la adaptación a nuevos problemas y oportunidades por parte de hombres interesados en mantener o acrecentar su poder político (4).

Durante la primera mitad del siglo XX, la atención de economistas e historiadores económicos se alejó de los problemas del largo plazo para concentrarse en el corto plazo y analizar fenómenos de carácter cíclico (5). A partir de la expansión internacional iniciada tras la Segunda Guerra Mundial, el renovado interés de los economistas por el desarrollo estimuló a los historiadores económicos a dedicar su atención a las experiencias de crecimiento del pasado.

Esta sincronía entre problemas del presente e intereses de investigación

de historiadores y economistas ha suscitado la opinión de que las percepciones del comportamiento de la economía son probablemente una faceta de las preocupaciones del presente más influyente que el determinismo metodológico, los prejuicios ideológicos o las convicciones políticas (6).

La preocupación por el mismo tipo de problemas no condujo, sin embargo, a la reunificación de la teoría económica con la historia. El motivo era que, desde el punto de vista del historiador económico, la formulación neoclásica parecía soslayar todas las cuestiones de interés. Su mundo carecía de fricciones, no existían instituciones y todo cambio sucedía en mercados que operaban de manera perfecta. En resumidas cuentas, los costes de adquirir información, la incertidumbre y los costes de transacción no eran tomados en consideración (7). Por su parte, para el economista, la ignorancia de la historia económica representaba un reducido coste de oportunidad, dada la escasa calidad de ésta (8).

Sin embargo, en las tres últimas décadas, el redescubrimiento por los economistas de los derechos de propiedad y el cambio institucional, de la demografía y la educación, de los grupos sociales y la elección pública ha conducido a la convergencia con los historiadores económicos (9). Ello explica que desde el campo de la economía se hayan realizado llamamientos para construir ésta en una ciencia social histórica (10). Esta aproximación implica que la historia es la consecuencia del cambio institucional sostenido que ha originado pautas divergentes en las distintas economías (11). No obstante, para la reunificación se precisa de la utilización de la teoría económica como instrumento integral en la investigación básica sobre la que reposa la historia económica (12). Así ha ocurrido, al menos parcialmente, en la reciente investigación en historia económica, y entre sus logros se advierte la combinación de la insistencia en la coherencia lógica, característica del economista, con la atención cuidadosa a la reconstrucción del pa-

sado, rasgo del historiador (13). Por ello, un número creciente de historiadores económicos intenta simultáneamente ser economista que apela a la historia para contrastar y validar la teoría (es decir, se constituye en economista histórico) e historiador que recurre a la teoría económica para organizar y dar forma a su material de investigación (14).

La aplicación del análisis económico (esto es, de criterios de racionalidad económica) a hechos históricos es el desafío que se plantea al historiador económico actual. Extender a la historia la moderna cuantificación económica, acometer la revisión del acervo de conocimientos sobre el que sustenta la interpretación de la historia y, sobre todo, acumular ideas y mediciones acerca de las grandes cuestiones históricas que hagan posible su reinterpretación, son las grandes tareas del historiador económico (15). Así, tras el trabajo cotidiano del historiador económico existe una pretensión, muchas veces inconfesable, de dar respuesta a la gran interrogante abierta por Smith: ¿Cuáles son las causas de la riqueza de las naciones? Naturalmente, la calidad de las respuestas no suele estar a la altura de las pretensiones abstractas que comporta la pregunta. Quizás algunos de los argumentos empleados por los historiadores económicos resulten insatisfactorios por su naturaleza intuitiva o por la ausencia de rigurosa contrastación empírica. Su valor reside, sin embargo, en plantear abiertamente lo que tantos otros historiadores o economistas callan pese a que constituyan los «hechos estilizados» sobre los que sustentan su percepción del crecimiento económico. En cualquier caso, estas conjeturas podrían interpretarse como la aportación que, en última instancia, realizan los historiadores a la sociedad pues, como ya planteaba Ranke, ocurre con la historia exactamente lo mismo que con la ciencia de la naturaleza, que no se contenta con estudiar cuidadosamente las formas de los seres naturales, sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rige el

universo y las distintas partes que lo forman (16).

El discurso de Francisco Comín contiene todas las preocupaciones que animan este modo renovado de hacer historia por los economistas.

#### NOTAS

(\*) Comentario al discurso de Francisco Comín «Estado y crecimiento económico en España: lecciones de la historia», en la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas.

(1) MARSHALL (1920), pág. V.

(2) Cfr. HUTCHINSON (1989), págs. 59-61.

(3) A. MARSHALL (1920), pág. 602.

(4) HARTWELL (1973), pág. 40.

(5) En estos años, además, se consolidó la ruptura entre historiadores y economistas, con el rechazo tajante por aquéllos de la validez de los principios neoclásicos para el estudio del pasado, al tiempo que la historia narrativa constituía para los historiadores económicos un refugio tras el fracaso de vías teóricas alternativas.

(6) CANNADINE (1984), pág. 167.

(7) NORTH (1981), pág. 3.

(8) McCLOSKEY (1981).

(9) Los historiadores de la economía venían demandando —como señala NORTH (1981), página 11— una teoría del cambio demográfico, una teoría del crecimiento del acervo de conocimiento y una teoría de las instituciones que cubran los vacíos del modelo neoclásico.

(10) DAVID (1989), pág. 31.

(11) NORTH (1989), pág. 242.

(12) NORTH (1981), pág. 60, ha recordado que tanto la economía clásica como la neoclásica suministran a la historia poderosas herramientas: el modelo neoclásico «con su oferta de nuevo conocimiento y sustituibilidad en el margen permite acercarse a la experiencia de crecimiento inusitado de las economías occidentales desde la II Revolución Industrial». Por su parte, el modelo clásico «sitúa a la historia económica en una permanente tensión entre población y recursos y constituye un punto de partida más útil para explorar la experiencia humana en el milenio anterior a 1850».

(13) Cfr. GALENSON (1989), págs. XI-XII.

(14) CANNADINE (1984), pág. 131.

(15) McCLOSKEY (1981); FOGEL (1965).

(16) Debo esta referencia a la erudición de Gabriel Tortella.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

CANNADINE, D. (1984), «The Present and the Past in the English Industrial Revolution 1880-1980», *Past and Present*, vol. 103, págs. 131-172.

DAVID, P. (1989), «Path-Dependence and Predictability in Dynamic Systems with Local Network Externalities: a Paradigm for Historical Economics», *Proceedings of the Second World Congress of Cliometrics*, Santander.

FOGEL, R. W. (1965), «The Reunification of Economic History with Economic History», *American Economic Review*, vol. LV, n.º 2, págs. 92-98.

GALENSON, D. (1989), «Introduction», en D. GALENSON (ed.), *Markets in History. Economic Studies of the Past*, Cambridge, Cambridge University Press.

HARTWELL, R. M. (1973), «Good Old Economic History», *Journal of Economic History*, volumen XXIII, n.º 1, págs. 28-39.

HUTCHINSON, W. T. (1989), «The New Institutional Economics and the Process of Economic Development. Comment», *Journal of Institutional and Theoretical Economics*, volumen 145, págs. 59-66.

McCLOSKEY, D. N. (1981), *Enterprise and Trade in Victorian Britain*, Londres, George Allen and Unwin.

MARSHALL, A. (1920), *Principle of Economics*, Londres, 8.ª edición.

NORTH, D. C. (1981), *Structure and Change in Economic History*, Nueva York, Norton.

— (1989), «Institutional Change and Economic History», *Journal of Interdisciplinary and Theoretical Economics*, vol. 145, págs. 238-245.